

LIBROS DE LA REVISTA PROBLEMAS DEL DESARROLLO

AMÉRICA LATINA: HACIA UNA NUEVA TEORIZACIÓN

Fernando Carmona de la Peña
(coordinador)

Ruy Mauro Marini

D. F. Maza Zavala

Héctor Malavé Mata

Alonso Aguilar Monteverde

TOMO II



AMÉRICA LATINA: HACIA UNA NUEVA TEORIZACIÓN

FERNANDO CARMONA DE LA PEÑA
(*coordinador*)

CICLO INTERNACIONAL
LOS ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA LATINA:
TEORÍA Y REALIDAD DE LA CRISIS
Y LA GLOBALIZACIÓN

Tomo II

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. José Sarukhán Kérmez

Rector

Dr. Francisco Barnés de Castro

Secretario General

Maestro Mario Melgar Adalid

Coordinador de Humanidades

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS

Lic. Benito Rey Romay

Director

Dr. José Luis Rangel Díaz

Secretario Académico

Lic. Víctor Manuel Bernal Sahagún

Secretario Técnico

María Dolores de la Peña

Jefa del Departamento de Ediciones

Edición al cuidado de Presentación Pinero

©Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM

Primera edición: 1993

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ISBN 968-36-2772-2 Tomo 2

ISBN 968-26-2765-X Obra completa

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN, <i>por</i> Fernando Carmona	7
SOBRE LOS AUTORES	11
LA CRISIS DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO Y EL LIBERALISMO, <i>por</i> Ruy Mauro Marini	13
TEORÍA Y REALIDAD DEL LIBERALISMO LATINOAMERICANO CONTEMPORÁNEO, <i>por</i> D. F. Maza Zavala y Héctor Malavé Mata	40
LAS LEYES DEL DESARROLLO Y LA TEORIZACIÓN LATINOAMERICANA DE HOY (TREINTA PROPOSICIONES), <i>por</i> Fernando Carmona	59
ELEMENTOS DE UNA ALTERNATIVA TEÓRICA Y POLÍTICA LATINOAMERICANA, <i>por</i> Alonso Aguilar Monteverde	110

ELEMENTOS DE UNA ALTERNATIVA TEÓRICA Y POLÍTICA LATINOAMERICANA

Alonso Aguilar Monteverde

ESTRATEGIA Y REALIDAD

El tema que se me invitó a tratar en este ciclo del seminario de Teoría del Desarrollo, es tan complejo que seguramente no podré dar respuesta a las múltiples interrogantes que su examen plantea. En tal virtud, me limitaré a intentar una reflexión que, pese a sus obvias limitaciones, ojalá sirva para estimular el debate en torno a problemas en verdad fundamentales, y de aquellos que, más que en un seminario académico, se esclarecen y resuelven en la arena y en la lucha propiamente políticas.

En nuestros países se habla a menudo de la necesidad de formular una estrategia alternativa de desarrollo. Se señala que las fuerzas interesadas en el cambio no pueden limitarse a objetar o criticar ciertos aspectos de la política en acción. Y aunque no es fácil definir las posiciones y lograr el consenso que permita avanzar en tal sentido, sin duda es revelador e importante que empiece a cobrar fuerza la convicción de que si seguimos como hasta aquí, sin perjuicio de que se registren ciertos cambios, las cosas no se alterarán en la medida necesaria para que la situación mejore.

El trazo de una estrategia, así sea inicial y de conjunto, requiere conocer a fondo la realidad en la que se actúa. Decir esto no es, desde luego, decir algo nuevo; pero sí subrayar algo esencial. Incluso el solo pensar en algunos de los elementos teórico-políticos que hoy debieran considerarse de especial interés en una nueva estrategia para América Latina, obliga a tener presente y a comprender la realidad, empezando por los profundos, complejos y aun inesperados cambios que se han producido recientemente.

Ahora bien, conocer la realidad, exigencia a la que debe responder tanto la ciencia social como la lucha política, es sumamente difícil. Al intentarlo, no sólo se incurre frecuentemente en el error de apreciarla de manera parcial e inadecuada, también se corre el riesgo de considerar en planos estáticos lo que es esencialmente dinámico y ver lo que hoy sucede sin situarlo en una perspectiva histórica; de sustituir el análisis riguroso de lo que es específico, por ciertas generalidades en las que no se profun-

diza; de no advertir los eslabonamientos entre diversos fenómenos, la relación entre lo nacional y lo internacional y la dialéctica entre lo interno y lo externo; y en fin, de reparar en aspectos aislados que incluso pueden ser muy importantes, sin descubrir los procesos y los juegos de contradicciones de los que son parte integrante.

En estos momentos, acaso en cada uno de nuestros países se cobra conciencia acerca de la necesidad de impulsar el desarrollo y lograr nuestra plena liberación de nuevas maneras. Al respecto, se comprende cada vez mejor que, dada la diversidad de condiciones prevalecientes, el conocimiento profundo de lo que es cada país resulta indispensable para elegir el camino correcto. Se comprende también que es preciso entender el alcance, al menos, de los principales cambios que se registran en otros países, sobre todo de aquellos que mayor influencia ejercen en la comunidad internacional, así como de lo que es característico de la situación de América Latina en su conjunto. Mas, al tratar específicamente de entender nuestra situación, ocurre con frecuencia que vemos lo nacional como algo concreto pero aislado, y lo propiamente regional, como una problemática desdibujada e imprecisa que no enriquece, como debiera, el conocimiento de nuestra realidad.

¿Cuáles son algunos de los hechos que hoy nos afectan de múltiples maneras, cuyo alcance debiéramos entender e incluso frente a los cuales necesitamos tener cada vez mayor capacidad de respuesta?

En el presente ciclo se ha abundado en el examen de algunos de esos hechos y se han mencionado con frecuencia los cambios principales. A riesgo de repetir lo que ya ha sido dicho, por lo demás, muy bien, pero tratando de reparar en aspectos que la consideración de nuestro tema obliga a tener presentes, podría decirse que la realidad, desde la cual podemos evaluar lo que se hace y a la vez pensar en una alternativa, incluye entre sus principales rasgos los siguientes:

1. Los cambios y la crisis del socialismo —crisis que a nuestro juicio no significa, como algunos aseguran, el derrumbe y la destrucción definitiva de tal sistema; o sea, el fin de la historia entendido como la comprobación de que ésta culmina en el capitalismo como el único de los mundos posibles—, son hechos de innegable significación, profundos quiebres que dan una nueva dimensión a la contradicción fundamental de nuestro tiempo; alteran la correlación internacional de fuerzas; se expresan en complejos procesos de reestructuración y aun en sensibles retrocesos que reducen, al menos por ahora, la posibilidad de contar con el apoyo del socialismo para superar el subdesarrollo y lograr un desenvolvimiento nacional independiente; y nos afectan no

sólo en lo económico, sino incluso en el plano ideológico y político, sin que ello signifique, desde luego, que se cancela la posibilidad de avance a partir de una nueva situación, teniendo que comprender, ahora más que nunca, que nuestra estrategia deberá basarse sólidamente en nuestra realidad concreta, en nuestra cultura e historia, y ser fruto de nuestro esfuerzo y de nuestras necesidades, limitaciones y posibilidades.

2. Un segundo hecho, de mayor influencia directa e inmediata sobre nuestra América, es la crisis y los cambios que sufre el capitalismo en los países dominantes del sistema. A la larga fase de expansión económica y de relativa estabilidad política que siguió a la segunda guerra mundial, le sucedió una crisis estructural de nuevo tipo al final de los años sesenta, en el marco de la cual se produjeron varias crisis financieras y dos crisis cíclicas —a mediados de los años setenta y principios de los ochenta—, y la recesión que hoy sufre Estados Unidos sobre todo, y que parece anunciar una tercera caída de tipo cíclico.

La recuperación económica capitalista de los años ochenta no fue, desde luego, como los más optimistas esperaban. Salvo en años y países aislados, el crecimiento fue lento e inestable en general; el desempleo, la inflación y otros desajustes persisten, y la economía estadounidense, incluso en sus mejores momentos, no ha logrado ser la “locomotora” capaz de llevar al sistema, y en particular a los países latinoamericanos, a altos niveles de actividad y desarrollo.

Pero el sistema internacional ha cambiado en más de un aspecto. Mientras Estados Unidos y la URSS destinaban buena parte de sus recursos a una agotante carrera armamentista que acabó por debilitarlos y hacerles grave daño, Japón y Alemania lograron rápidos avances tecnológicos, modernizaron y consolidaron su economía, extendieron su influencia y fortalecieron considerablemente su posición política. En respuesta a tal estado de cosas empezó a cobrar impulso el desarme, y mientras en la URSS se inició la reestructuración conocida como *perestroika*, en Estados Unidos se adoptaba la dura y conservadora política reaganiana —sostenida por el presidente Bush—, que a la postre no ha logrado corregir los fuertes desequilibrios presupuestales y de la balanza comercial, y que, sin perjuicio de alentar cierta modernización tecnológica y el redespliegue hacia el exterior de algunas industrias en dificultades, se expresó en una creciente agresividad, de la que son ejemplos elocuentes y dramáticos la guerra sucia contra Nicaragua y las invasiones a Granada, Panamá y, en estos días, la guerra —sin precedentes en cuanto al grado de violencia y al poder destructivo en acción— del golfo Pérsico.

Son tales la agresividad y arrogancia que caracterizan a las posiciones imperiales estadounidenses, que las débiles clases dominantes en nuestros países se subordinan fácilmente y renuncian incluso a lo que antes se atrevían a plantear, y los pueblos empiezan a temer que el nuevo orden mundial que anuncia Bush —él dice de “seguridad nacional” y de la ley—, a partir de la decisión de desconocer y violar los derechos de otros pueblos e imponer la ley de la selva, equivalga a la era fascista con que Hitler amenazaba hace medio siglo a la humanidad. Porque, en realidad, tal política se opone cerrada y tenazmente a cualquier reforma o cambio de signo renovador o progresista, e incluso pretende no sólo mantener las cosas como están, sino restablecer el pasado cuando ello convenga a sus intereses, y hacerlo, si es preciso, ilegalmente y por la fuerza.

En la década de los ochenta, lejos de que el Nuevo Orden Económico Internacional aprobado años atrás por la ONU empezara a abrirse paso, tanto la crisis como la política seguida por los países industriales para enfrentarla, afectaron gravemente al Tercer Mundo y sobre todo a América Latina. Y aunque los medios de acción empleados por las naciones más poderosas son menos explosivos y brutales que los antes mencionados, entrañan también violentas formas de despojo que sustraen y drenan buena parte del excedente de nuestros países, toda vez que por medio de mecanismos como la deuda externa, la inversión extranjera directa, la especulación financiera, el intercambio desigual, la onerosa introducción de nueva tecnología, la fuga de capitales y otros, empobrecen masivamente a nuestros pueblos, limitan ampliamente y aun anulan sus posibilidades de desarrollo, restringen su libertad y lesionan sus soberanía, y, por tanto, el derecho a elegir ellos mismos los caminos a seguir y sus formas de desarrollo, de organización y de vida.

En el marco de la crisis y bajo la influencia tanto de la revolución científico-técnica como de reacomodos y rivalidades políticas de las grandes potencias capitalistas, éstas se reestructuran, y recientemente han constituido o reforzado nuevos bloques económicos poderosos que ejercen creciente influencia en la economía mundial y entrañan formas más complejas de integración e internacionalización del capital. Alemania desempeña un papel de primer orden en el mercado común y en la Europa unida del 92; Japón y, en segundo lugar, los “nuevos países industriales” de Asia, en la llamada Cuenca del Pacífico; y Estados Unidos, a partir de un acuerdo de libre comercio con Canadá y, más recientemente, de la decisión de extender este régimen a México, y de aceptar otros países la llamada Iniciativa para las Américas de Bush, pretende convertir todo el continente en un gran mercado “libre”, en la práctica su subordinado

comercial, financiero, tecnológico y, a consecuencia de ello, incluso cultural y político.

3. Si bien las condiciones reinantes en América Latina no son las mismas en todos los países, en conjunto cabe decir que el subcontinente vive una de las fases más difíciles de su historia contemporánea. La CEPAL ha llamado a los años ochenta la “década perdida”, porque el desarrollo socioeconómico se interrumpió en algunos países y se volvió muy lento y accidentado en otros, con el consiguiente impacto perjudicial sobre las condiciones de vida de nuestros pueblos.

Lo que subyace es una profunda, persistente y severa crisis capitalista, que si bien no es privativa de nuestros países se expresa en ellos con especial virulencia. No podríamos examinar aquí lo que esa crisis representa, pero recordemos al menos algunos de sus rasgos: un lento y a menudo nulo crecimiento económico; ingresos por habitante inferiores a los de hace 10, 15 y aun 20 años; tasas de acumulación de capital insuficientes; caída vertical de la inversión pública; altos niveles de desempleo y subempleo y generalización de la economía informal o subterránea, aunque cada vez más a la vista de todos; severa inflación y sucesivas devaluaciones monetarias; auge de la especulación financiera en diversos mercados, mientras declina la inversión productiva y pierde importancia relativa la producción industrial; cuantiosas fugas de capitales, creciente rezago tecnológico y transferencias masivas de recursos financieros hacia el exterior, que convierten a nuestros países en exportadores netos de capital y en sólo ocho años recientes supusieron más de 200 mil millones de dólares.

Debido a todo lo anterior es fácil comprender que la vida de nuestros pueblos se ha empobrecido dramáticamente, y que hoy se hable de que ya viven en “extrema pobreza”, o sea, en la miseria, más de 180 millones de personas.

Y al hecho de que el nivel de ingresos de la mayor parte de la población se ha deteriorado, acaso como nunca antes, habría que añadir que, dado el carácter social y aun político de la presente crisis, abundan los signos de una profunda descomposición que se expresa en creciente inseguridad y violencia, altos índices de criminalidad, extensión sin precedentes del narcotráfico, violaciones a los derechos humanos más elementales y formas de represión que exhiben la ausencia de una genuina democracia.

4. Ligada estrechamente a esa crisis, y pretendiendo ser la condición para salir de ella, aun cuando a menudo ha sido un factor que incluso ha contribuido a agravarla, se halla la conservadora política curiosamente denominada “neoliberal”, en boga desde hace años en la mayor parte de

nuestros países. Desde luego, tal política tiene sus variantes, y sus resultados no son idénticos en cada caso; pero a la vez exhibe rasgos comunes que dejan ver que, más que ser fruto de las condiciones internas de cada país, su principal origen es extranjero, transnacional y ligado al Fondo Monetario y a otros organismos financieros internacionales, aunque parcialmente expresa también intereses y posiciones de grupos oligárquicos latinoamericanos.

No corresponde a nuestro tema reparar en lo que es característico de esa política; pero como ella es otro aspecto fundamental de la realidad en la que nos movemos, y a la vez un asunto de obligada consideración al pensar en una estrategia alternativa, mencionaremos algunos de sus principales rasgos y lo que, al menos hasta ahora, parece ser el saldo de su aplicación.

Como se sabe, la política fondomonetarista que empezó recomendando programas transitorios de ajuste a corto plazo —los cuales supuestamente debían restablecer la estabilidad que haría posible reanudar el crecimiento económico—, a la postre incorporó tales programas como parte orgánica de una línea de acción que de hecho empezó por renunciar a la necesidad de hacer ciertos cambios internos —al justo reclamo de un nuevo orden económico internacional—, y, bajo la presión extranjera, aceptó una desfavorable e inequitativa división internacional del trabajo que impone a nuestros pueblos la onerosa carga de una impagable deuda externa, relaciones de intercambio y precios perjudiciales —impuestos no por el mercado “libre” sino por poderosos monopolios transnacionales—, condiciones que favorecen sobre todo al capital extranjero y esquemas comerciales y de integración que nos subordinan, en particular a Estados Unidos.

A partir de tales orientaciones no es extraño que la política “neoliberal” vea en la inflación un fenómeno monetario, y en la corrección del déficit fiscal la base para resolverlo; que la reducción de éste descansa fundamentalmente en la contracción del gasto social; que aun la propia inversión interna se sacrifique en aras de la estabilidad; que la política industrial se debilite mientras, a la vez, se permite y aun refuerza la especulación financiera; que el crecimiento del mercado interno pase a un segundo plano ante el propósito de incrementar las exportaciones; que el comercio exterior se liberalice sobre todo con un país como Estados Unidos que mantiene su tradicional proteccionismo; que el Estado se repliegue y abandone campos en los que su gestión directa o su regulación es importante; que se privatizen empresas estatales de carácter estratégico, las cuales se venden, a menudo, a bajos precios a negociantes particulares;

que se abran plenamente las economías al exterior para elevar nuestra eficiencia y competitividad, aunque en la práctica sea casi siempre el capital extranjero el que más aproveche las crecientes facilidades de esa apertura; que en nombre del “mercado libre” se fortalezca, paradójicamente, a ciertos monopolios, y que la condición principal para imponer con éxito tal política sea abatir los salarios y los ingresos reales de la mayor parte de la población, extender la pobreza a niveles sin precedente, intensificar la explotación —sobre todo de los trabajadores que crean el grueso de la riqueza—, postergar y aun renunciar a reformas necesarias —y con amplio apoyo popular— para impulsar el desarrollo y modernizar nuestras sociedades; y que, pese a que la palabra democracia se repite demagógicamente en el discurso oficial, la vida democrática en realidad se restrinja y empobrezca, y la soberanía, tanto del pueblo como de la nación, sea creciente y gravemente lesionada.

Sabemos que ciertos funcionarios y hombres de negocios alegan en varios de nuestros países que la política neoliberal, lejos de haber fracasado, ha tenido éxito, y que ahora nos abre la posibilidad de reanudar el desarrollo sobre bases más sólidas. Al respecto, sería un error desconocer que las fuerzas más conservadoras han logrado, en cierta medida, lo que se proponían, como lo sería también negar que se han producido cambios que nos enfrentan a una realidad que no es, desde luego, la de antes. Incluso podría aceptarse que en algunos casos la política en curso salió adelante sin mayores tropiezas, pero a la vez sin lograr resolver problemas fundamentales.

En México, concretamente, sobre todo en últimas fechas, se insiste en el éxito de la política en boga. Pero a manera de ejemplo, seguimos ante problemas como estos:

- El crecimiento de la economía en los dos últimos años —de alrededor de 3%— fue todavía lento e inestable;
- La tasa de inflación en 1990, que se anticipaba en 15%, resultó el doble, la cual es sin duda muy alta;
- El déficit fiscal se redujo sustancialmente, gracias a la disminución del gasto y aun de la inversión productiva;
- La carga de la deuda externa disminuyó en la última renegociación hecha al amparo del Plan Brady, pero sigue reclamando más de 4% del PIB, y privándonos de la posibilidad de usar esos recursos para impulsar el desarrollo;
- La política de privatización, más que fortalecer al Estado, ha beneficiado a unos cuantos grupos monopolistas poderosos y permitido que incluso actividades estratégicas o de gran importancia, como la petroquímica,

mica básica, la aviación, la banca, el servicio telefónico y otras, se entreguen incluso al capital extranjero;

- El desarrollo de la industria de bienes de capital se ha debilitado peligrosamente;

- Tanto la balanza comercial como en cuenta corriente son deficitarias, en parte debido al rápido aumento de importaciones innecesarias y aun superfluas, no obstante los ingresos inesperados que debido a la guerra del golfo Pérsico produjo el alza temporal de los precios del petróleo;

- Las exportaciones de manufacturas han aumentado notablemente, pero casi en su totalidad proceden de consorcios trasnacionales y de unos cuantos grupos monopolistas nacionales;

- El ingreso nacional se ha concentrado como nunca antes en poder de una minoría privilegiada, en tanto que los niveles de vida de la mayor parte de los mexicanos se han deteriorado dramáticamente, y cerca del 40% de la población vive en condiciones que no satisfacen los mínimos convencionalmente establecidos;

- El avance tecnológico ha sido insuficiente, desigual y muy costoso para el país, y sobre todo para millones de trabajadores hoy desempleados, o cuyos derechos laborales se han restringido y aun cancelado ilegalmente.

- El capital monopolista y los grupos oligárquicos ligados sobre todo al capital extranjero, a la exportación y a Estados Unidos, después de una reestructuración obligada por la crisis, se han fortalecido;

- En fin, el carácter extranjerizante, desnacionalizador y antidemocrático de la política “neoliberal” se ha acentuado, y como demostró la reciente visita a México del presidente estadounidense, se juzga que el gobierno de Salinas de Gortari está realizando la “reforma económica” que Estados Unidos considera necesaria y que, en lo fundamental, acepta la estrategia estadounidense del desarrollo maquilador, el pago de la deuda externa, los tratados de libre comercio y la Iniciativa para las Américas de Bush.

5. Y un aspecto más de la realidad —sin duda muy interesante—, de aquellos que enmarcan y aun condicionan la posibilidad de avanzar hacia una estrategia alternativa, consiste en las posiciones que guardan las clases y fuerzas sociales, el carácter y alcance de sus luchas, sus desplazamientos y la cambiante correlación en que se mueven.

Al respecto, es explicable que, bajo el impacto de una crisis tan severa y prolongada como la que hasta ahora hemos padecido, lejos de advertirse posiciones monolíticas, relaciones armoniosas y acuerdos amplios y estables entre las diversas clases y segmentos sociales, más bien se manifiestan múltiples contradicciones que van desde planos antagónicos hasta aspec-

tos secundarios, pero que no dejan de ejercer influencia y de tener, desde luego, significación política.

En el seno de las propias clases dominantes no es difícil advertir, en torno a las líneas de acción globales en proceso y respecto a algunas de sus principales modalidades, posiciones diversas que sin duda expresan también intereses diferentes. Los grupos oligárquicos más poderosos, en general los más beneficiados con esa política, la aceptan hoy en lo fundamental, sobre todo en materia económica, aunque todavía la objetan en ciertos planos sociales, políticos y culturales, en los que tales grupos querrían líneas aún más conservadoras y favorables a sus intereses.

Incluso en lo propiamente económico, tanto el capital trasnacional como algunos grandes empresarios, que apoyan en general lo hecho hasta ahora, en el caso de México se inclinan por ir más lejos en materia de privatización y repliegue del Estado, facilidades al capital extranjero, apertura hacia el exterior, la llamada “desregulación”, libertad de empresa y de precios, control de salarios y aun cancelación de derechos y prestaciones que los trabajadores han logrado mantener. Otros segmentos de la burguesía, a la inversa, sugieren a menudo que se ha ido demasiado lejos y proponen medidas que, en general, parecieran intentar establecer situaciones de años atrás, y que coincidieron con las políticas expansivas y desarrollistas de la etapa de auge de la industrialización sustitutiva de importaciones, de la relativa estabilidad y la creciente afluencia de recursos financieros externos.

En torno a cuestiones más específicas, aun en círculos donde hay cierto acuerdo respecto a la política actual, se observan discrepancias de diverso alcance, y en el propio gobierno, mientras los altos y más conservadores funcionarios tecnocráticos del llamado gabinete financiero defienden abiertamente la política “neoliberal” en boga, ciertos políticos, funcionarios, profesionistas y técnicos liberales se muestran inconformes; pero conscientes de la ausencia de un ambiente propicio a un debate democrático, y menos aún para expresar libremente en público las opiniones, se conducen con prudencia y cautela, a costa de que lo que piensan no trascienda por ahora.

EN BUSCA DE UNA ESTRATEGIA ALTERNATIVA

En organismos internacionales como la CEPAL, ligados estrechamente a los gobiernos pero con cierto grado de autonomía —al menos para hacer algunos estudios y dar a conocer sus conclusiones, sin oponerse abierta-

mente a las políticas en boga—, suelen hacerse propuestas generales como las del estudio denominado *Transformación productiva con equidad* (L.C.G. 1601) (SES. 23/4), que empezó a circular en 1990. Refiriéndose a él, el secretario ejecutivo de dicho organismo, Gert Rosenthal, destaca como sus principales parámetros los que siguen:

- La idea central es que “la transformación productiva debe sustentarse en una incorporación deliberada y sistemática del progreso técnico”. “Se enfatiza el carácter sistémico de la competitividad”, o sea, que la empresa “está integrada a todo un sistema socioeconómico” y que la competitividad, por tanto, requiere “esfuerzos decididos, persistentes y sobre todo integrales”.

- “Una gestión macroeconómica y estable es fundamental, pero no suficiente.” Debe combinarse con políticas sectoriales, articulación de medidas de corto y largo plazo y cambios institucionales que mejoren el funcionamiento de las empresas, tanto públicas como privadas, grandes medianas y pequeñas.

- La industria debe articularse con las actividades primarias y con los servicios, en busca de una mayor integración global y aumentos más uniformes de la productividad.

- El desarrollo debe ser compatible con la preservación, mejoramiento y recuperación del medio ambiente y de los recursos naturales hoy más desfavorablemente afectados.

- La transformación productiva y la equidad, lejos de ser excluyente, “se refuerzan mutuamente”.

- Para incorporar los sectores marginados a la actividad productiva, proceso que necesariamente será lento, deberían adoptarse medidas “redistributivas complementarias”, programas de capacitación y diversas formas de apoyo por medio de diferentes servicios.

- La integración y la cooperación regionales deberán contribuir a reforzar la estrategia de desarrollo.

- Ésta a su vez, se dará en “un contexto democrático, pluralista y participativo” y estará sujeta a cambios, “de acuerdo con las expresiones de la voluntad mayoritaria”.

- La concertación entre la sociedad civil y el Estado “debe adquirir una importancia decisiva”.

- La acción del Estado deberá renovarse y contribuir a hacer más eficiente el sistema económico.

La propuesta anterior, según la CEPAL, “no es producto de un afán voluntarista”. Su viabilidad la comprueban “tanto la experiencia de algunas naciones del Sureste Asiático como el surgimiento de numerosas

empresas internacionalmente competitivas en América Latina”, la que, señala Rosenthal, “dispone de la voluntad y de los recursos para lograr la transformación productiva con equidad, en democracia”.¹

La propuesta de la CEPAL no constituye, en rigor, una estrategia alternativa. Si bien algunos de sus elementos son razonables y, en principio, incluso aceptables, no deja claro en qué medida se requiere o no abandonar la política “neoliberal” y sustituirla por otra; tampoco a qué obstáculos tendría que enfrentarse una línea de acción como la que se propone y, menos todavía, cuál sería la respuesta de los grupos oligárquicos internos más poderosos y, en general, de las fuerzas políticamente más conservadoras y del mismo Estados Unidos. Precisamente ahora, cuando su política hacia América Latina es abiertamente hostil a cualquier transformación. En fin, nada se dice tampoco respecto a las fuerzas que podrían abrir paso y defender una nueva política de desarrollo, a partir de nuevas estructuras de poder. Pero acaso no se alude a todo ello porque lejos de pensarse en un cambio progresista, lo que se tiene en mente es un tipo de desarrollo capitalista similar al logrado por algunos países del Suresta Asiático y por ciertas grandes empresas latinoamericanas ligadas con frecuencia al capital extranjero, pues ambos casos se ofrecen como “prueba” de que podemos avanzar en nuevas direcciones.

En medios populares y donde se hacen presentes las fuerzas democráticas, más que estrategias alternativas globales se proponen, a menudo, medidas concretas tendientes a responder a ciertas demandas y necesidades en torno a las cuales parece haber un amplio acuerdo: por ejemplo, elevación de los salarios y de los ingresos de trabajadores y pequeños productores; aumento de la productividad; respeto a los derechos laborales y autonomía de las organizaciones sindicales; precios razonables para bienes y servicios básicos —al menos—; atención del Estado a los problemas más graves que afectan a la vida en las grandes ciudades —abasto, agua, vivienda, educación, salud, transportes, etc.—, empezando con el medio ambiente; preservación de libertades democráticas, elecciones limpias y respeto al voto popular, y adopción de medidas nacionalistas que nos defiendan frente a la agresiva política de los países más poderosos, y concretamente de nuestro vecino del Norte. Y aunque muchas de tales propuestas son atendibles, casi siempre se presentan de manera aislada,

¹ Gert Rosenthal, “El pensamiento de la CEPAL ayer y hoy. Transformación productiva con equidad. Una propuesta para el desarrollo de América Latina y el Caribe”, *El Día Latinoamericano*, México, 25 de febrero de 1991.

sin relacionarse o apoyarse entre sí, y sin que se expresen o acompañen señalamientos precisos acerca de cómo llevarlas a la práctica.

Con todo, a nuestro juicio sería un error menospreciarlas y restarles significación, pues si bien no constituyen un todo coherente y articulado, en las múltiples propuestas que hoy se hacen en favor de un cambio hay, sin duda, elementos importantes y dignos de tomarse en cuenta.

En varios de sus recientes trabajos y sobre todo en el que probablemente es el último de ellos, Pedro Vuskovic recoge tales planteamientos y a la vez sugiere líneas de acción importantes como las que siguen:

- Atención prioritaria a la expansión del mercado interno y a las necesidades de las capas más amplias de la población.
- Inserción selectiva en la economía internacional, que premie la preservación de cierta autonomía.
- Arreglo de la deuda externa de forma que no sea un obstáculo insalvable para el desarrollo.
- Redistribución progresiva del ingreso nacional.
- Creciente atención al avance técnico de las actividades más razagadas que se vinculan al mercado interno de bienes de consumo básicos.

En las diferentes propuestas se ofrecen, además, opciones sobre “la responsabilidad estatal y la privatización, el tratamiento a la inversión extranjera, el papel de las grandes y las pequeñas empresas”, la “economía informal”, la propiedad de los medios de producción y “las áreas e intensidad de participación de los trabajadores”.² Y el mismo autor agrega:

Una referencia inicial clave para las nuevas formulaciones [...] radica en el reconocimiento de que el desarrollo capitalista de América Latina conformó históricamente un complejo de interrelaciones entre pobreza y desigualdad, composición del consumo y estructura productiva, inserción interior y mercado interno, progreso técnico y ocupación de la fuerza de trabajo, cuyo efecto ha sido la reproducción constante de la desigualdad y la pobreza [...] Por lo que tales interrelaciones debieran ser objeto de un análisis riguroso.

Lo que ahora procede es “emprender un reconocimiento sistemático de contribuciones parciales [...] para integrarlas en la concepción de [...] un proyecto social, popular y nacional [...] Todas las piezas parecen hallarse presentes [...] la gran incógnita es cómo ensamblarlo todo”. En

² Pedro Vuskovic, “Veinte proposiciones de síntesis sobre pobreza y desigualdad de América Latina”, enero de 1991, primer borrador.

esta tarea, corresponde también recuperar críticamente “la rica diversidad de experiencias acumuladas en América Latina”.³

RESCATE DE EXPERIENCIAS VALIOSAS Y OTROS HECHOS POLÍTICAMENTE IMPORTANTES

En nuestra opinión, esto último es en verdad fundamental. Si hemos de avanzar en el trazo y puesta en marcha de una estrategia alternativa, deberemos —no está por demás subrayarlo— partir de nuestras propias realidades; o sea, conocer bien el terreno que pisamos y los campos en que habremos de librar las batallas decisivas. Y en ese sentido hay ciertas cuestiones de especial importancia para asegurar el éxito de lo que intentemos.

Una primera es que, tratándose de nuestro desarrollo y liberación, la realidad hoy no es sólo nacional sino también regional; o sea, latinoamericana. Lo que quiere decir que para México, Perú o Venezuela, aparte del conocimiento de su realidad concreta e inmediata, es además muy importante tenerlo, digamos, de la experiencia cubana, de Nicaragua y de Panamá. Al respecto, se piensa a menudo que lo que ocurre en otros países hermanos tiene interés, desde luego, pero se refiere a situaciones distintas, y por tanto es inaplicable.

Es obvio que si trasladamos mecánicamente a un país lo que se hace en otro, incurriremos en un serio error; lo mismo sucederá si procedemos así en nuestro país, sin reparar en la diversidad de sus condiciones internas. Pero no se trata de imitar, sino de pensar por nosotros mismos, de recoger enseñanzas y enriquecer con ellas la comprensión de una problemática y de un quehacer que tienen mucho en común, que se enfrentan a obstáculos análogos y se proyectan en direcciones similares, en países que tienen además una cultura, una historia y aun proyectos nacionales y aspiraciones semejantes. Proceder, en tal virtud, como si nuestra realidad terminara en las fronteras nacionales, significaría parcelarla arbitrariamente y reparar en ella de manera limitante y parcial.

Todo esto no sólo es válido tratándose de ciertos hechos, sino que también lo es respecto al pensamiento latinoamericano. Acaso lo primero que a estas horas debiéramos tratar de articular e integrar es el pensamiento, esto es, nuestras ideas. Con frecuencia vemos como ajeno lo que sin

³ *Ibid.*

duda es propio, lo que en sentido profundo es nuestro. El pensamiento de Martí, por ejemplo, es característicamente cubano, y a la vez profundamente latinoamericano. Lo mismo podría decirse del pensamiento de Juárez, de Ingenieros, de Mariátegui, de Sandino, de Cárdenas, de Allende, de Fidel y del Che. O sea, que lejos de que, como creen algunos en ciertos círculos, debamos copiar lo que se piensa en el extranjero y hasta importar esquemas e ideas a menudo superficiales, para forjar una estrategia digna del nombre debemos empezar por conocer a fondo nuestra propia historia, rescatar lo mejor de nuestra cultura y nuestro pensamiento regional. Como bien dice Sergio Bagú:

Conocer la realidad inmediata bajo el signo de un método científico implica, además de descubrir la expresión visible del fenómeno, descubrir sus raíces más profundas y sus proyecciones más lejanas. La construcción teórica en ciencia es el resumen de la observación práctica y del conocimiento histórico, a lo que debe agregarse un alto grado de imaginación y de cultura general. Sin conocimiento no hay ciencia; sin imaginación y sin cultura, tampoco.⁴

Lo anterior no significa, desde luego, que el camino que nuestros países hayan de elegir para avanzar sea fundamentalmente el mismo. Aquello de que no hay nada más rico que la vida es siempre cierto. Y la vida, y por tanto la proyección de cada país, depende de sus condiciones específicas. En los últimos decenios Cuba optó por la revolución que conocemos; Nicaragua y El Salvador, por una diferente; y Chile tomó otro camino. Un error explicable fue que, llevados del entusiasmo por el triunfo de la Revolución cubana, algunos quisieron convertirla en un "modelo" que se podría reproducir en países cuyas condiciones eran diferentes. Pero la realidad acabó por imponerse y demostrar que lo que no responde a ella, a sus exigencias y posibilidades, lleva a la frustración y a la derrota.

Las modalidades de cada estrategia nacional, sus principales metas, los medios y el tipo de organización y formas de lucha, dependen esencialmente de las condiciones propias de cada país. Podría decirse, empero, que las tareas principales a acometer y el alcance de las mismas se enmarcan dentro de lo que se consideran acciones de carácter democrático. En estos momentos tal sería el caso de la demanda de elevar salarios y en general del nivel de vida; de la necesidad de ciertas reformas agrarias

⁴ Sergio Bagú, "América Latina: la búsqueda de una teoría que explique la realidad", ponencia presentada en el encuentro "América Latina a fines del siglo XX", CELA, UNAM, celebrado en la ciudad de México en septiembre de 1990.

y urbanas o del Estado para fortalecer la estructura productiva, utilizar mejor los recursos disponibles e impulsar el desarrollo en una sociedad más democrática e independiente.

La experiencia demuestra que aun la realización de ciertas tareas —digamos que modestas— que no pretendan una transformación social profunda, es difícil; particularmente difícil, sobre todo, cuando tales acciones y reformas preceden a un movimiento revolucionario. La reforma agraria, por ejemplo, fue más rápida y profunda en países donde la revolución la hizo posible, en tanto que en otros sigue por realizarse y todavía es objeto de creciente hostilidad. O sea, que las reformas son menos difíciles donde previamente triunfa una revolución.

La dificultad para lograr ciertos cambios obedece primordialmente a que, dadas las estrechas interrelaciones existentes en el proceso socioeconómico, en cierto modo es inevitable afectar a intereses creados y privilegios difíciles de renunciar. Para aumentar la inversión productiva, digamos, es preciso reducir y aun eliminar lo que nada produce salvo ganancias para ciertos grupos, que por tanto serán los primeros en oponerse. Reducir globalmente y reestructurar el consumo significa prescindir de muchos bienes y servicios innecesarios, a los que suelen tener especial aprecio los ricos. Y, desde luego, defender una línea de alto nivel de inversión supone limitar sustancialmente la agotante e injusta transferencia de recursos al exterior que entrañan la deuda, el comercio desigual, la inversión extranjera y la fuga de capitales, lo que de nuevo concita la inmediata resistencia y hostilidad, incluso de las grandes potencias, de los acreedores y del capital trasnacional. Todo lo cual se explica porque el desarrollo no sólo reclama el crecimiento de las fuerzas productivas sino también la modificación de las relaciones de producción y, concretamente, la estructura de la propiedad.

Por lo anterior podría decirse que, aun en su fase meramente democrática, una estrategia y una lucha seria que intente ciertos cambios, tropieza con la oposición de las clases dominantes, en particular de los grupos oligárquicos internos y de poderosos intereses extranjeros. Esa oposición a los proyectos renovadores fue siempre tenaz. Pero hoy, sobre todo en los países de mayor desarrollo, en los que las nuevas oligarquías monopolistas disponen de un creciente poder económico, controlan los medios de comunicación, ejercen mayor influencia ideológica y política, y a menudo se han vinculado estrechamente al capital extranjero, la resistencia a cualquier intento de cambio es mucho más enconada.

La sola lucha por la democracia concita gran hostilidad. En los países sometidos a regímenes dictatoriales, esa lucha empieza por derrocar a tales

gobiernos de un modo u otro, como condición esencial para cualquier cambio. Sin embargo, los nuevos gobiernos civiles resultantes de procesos electorales, después de prometer los cambios que el pueblo reclama, se mueven en el marco tradicional de las democracias burguesas más interesadas en preservar el sistema que en renovarlo, y con frecuencia mantienen políticas similares a las previas e imponen la estrategia “neoliberal” extranjerizante y tecnocrática, lo que desde luego no satisface las exigencias de un desarrollo nacional independiente ni las principales demandas populares. Y ello no es extraño en esas democracias “restringidas”, “viables” o “controladas”; es decir, democracias a medias.

Hoy —como observa Nils Castro—, incluso “se nos impone un *modelo global de democracia neoliberal*” que se acompaña de “poderosos ingredientes ideológicos” como el de que “la democracia sólo es posible a través de la libertad de mercado”, cuando lo cierto es que esa “libertad” es, precisamente, la que más desestabiliza y amenaza a la actual institucionalización de la democracia”.⁵

El propio autor señala que en tales condiciones no es sorprendente que gane fuerza el abstencionismo y la lumpenización del sistema político-electoral; o sea, la manipulación, el gangsterismo, la creciente presencia de los intereses del narcotráfico y el rechazo a los movimientos populares que operan fuera del proceso electoral.⁶ Lo cual muestra claramente que una democracia que se limite a lo electoral y que desdeñe y deje de lado aspectos políticos importantes, además de los propiamente económicos, sociales y culturales, resulta insuficiente, engañosa e inaceptable.

Y ello no significa que la lucha electoral carezca de importancia. Si esa lucha es genuina, consecuente, movilizadora, desenajenante y contribuye al avance hacia el poder, desempeñará un papel positivo;

si es para reagrupar y organizar de forma permanente, y dar voz propia, acción unitaria e independiente a los sectores populares [...]; si es para impulsar una nueva ética política, cuestionar al sistema y llevar adelante una propuesta de democratización integral y participativa [...] Si es para recuperar nuestra

⁵ Agustín Cueva hace notar, con razón, que “En la última década [...] hemos conseguido avanzar en la dirección de la democracia política, pero hemos retrocedido, sin la menor duda, en los otros tres campos: hoy tenemos menos soberanía nacional, menos desarrollo económico, mucha menos justicia social que hace diez años.” Agustín Cueva, “América Latina ante el fin de la historia”, trabajo presentado en la reunión del CELA, UNAM, México, septiembre de 1990, p. XII.

⁶ Nils Castro, “Democracia: ¿la que nos dieron o la que buscamos?”, COPPAL, año 1, núm. 3, México, noviembre-diciembre de 1990, p. 14.

soberanía y reafirmar nuestra identidad. En una palabra [si contribuye....] a una democratización antioligárquica, antimperalista y liberadora [...] [Y esto] sólo será posible si el amplio frente social de lucha [por la democracia ...] es —igual y simultáneamente— de lucha por la plena recuperación de la independencia política, soberanía y autodeterminación nacionales, y por la solidaridad latinoamericana.⁷

Conviene subrayar la estrecha relación entre la lucha por la democracia y la defensa de la soberanía, porque tanto quienes son ganados por el electoralismo y ciertos aspectos formales de la democracia política, como quienes sólo reparan en el aspecto externo de la soberanía nacional, pero no en su vinculación indisoluble con la soberanía popular, ven tales cuestiones como diferentes, lo que además de ser conceptualmente un error, se traduce en la práctica, o sea, en la lucha misma, en una posición que debilita ambas causas.

El principio general, recogido desde hace dos siglos en la doctrina de la soberanía y en numerosas constituciones políticas modernas, de que la soberanía nacional reside en el pueblo, tiene en nuestros días no sólo plena vigencia sino especial importancia. Significa, en realidad, que sólo el pueblo, organizado, unido y resuelto a luchar, puede defender eficazmente la soberanía de cada uno de nuestros países, y que soberanía y democracia, y por tanto independencia y democracia, son dos elementos centrales de una misma cuestión.

La soberanía del pueblo, concretamente, empieza con el ejercicio de derechos humanos, cívicos y políticos, sin los cuales la soberanía y la democracia se convierten en meras palabras sin contenido. En efecto, un pueblo es soberano en la medida en que tiene derecho a la vida, a una vida digna y libertad para pensar y decir lo que piensa; para protestar; para organizarse, votar y lograr que su voluntad se respete; y desde luego, en tanto sea él quien gobierne y ejerza el poder, quien decida todo aquello que es esencial para la economía, la organización y la vida cultural y política de un país. Es decir, una verdadera democracia descansa en la soberanía real del pueblo, y no en aspectos formales secundarios.

En cuanto a la soberanía nacional, hoy está claro que no basta la independencia política formal para que un país sea dueño de su destino. Se requiere, además de independencia económica, que otros países, y sobre todo los más poderosos, no intervengan en sus asuntos internos, y que sea él quien forje la estrategia y las políticas de desarrollo que permitan

⁷ *Ibid.*, pp. 19, 21 y 22.

utilizar los recursos disponibles y el fruto del esfuerzo propio como mejor convenga a sus intereses, todo lo cual sólo puede lograrse por medio de una dura y larga lucha en la que nuestros pueblos se apoyen mutuamente y lleven a nuevos planos su solidaridad. La política desnacionalizadora en acción no sólo atenta contra la independencia sino también contra la libertad y la democracia.

Pero creer que basta el esfuerzo aislado de un país para tener éxito, es no entender el verdadero alcance de la lucha y la amplitud del juego de contradicciones en que se desenvuelve. [...] La conjugación de esfuerzos, la cooperación, la unidad, la alianza e incluso la integración regional, de la que tanto se habla pero en la que hemos avanzado tan poco hasta aquí, son hoy necesarias para defender eficazmente nuestros mejores intereses nacionales.⁸

Ahora bien, a la luz de la experiencia, ¿qué fuerzas sociales y políticas pueden contribuir más al trazo y aplicación de las nuevas estrategias de desarrollo que requiere América Latina?

En nuestra opinión, los hechos demuestran que tales fuerzas son muy amplias y heterogéneas. En realidad corresponden a las del pueblo en su conjunto, en el sentido en que Fidel Castro hablaba del pueblo en las fases iniciales de la Revolución cubana. O sea, que en ese rico potencial caben no sólo obreros y campesinos, sino también estudiantes e intelectuales, empleados y funcionarios, profesionistas, técnicos, maestros, pequeños productores —hombres y mujeres— y aun numerosos empresarios dispuestos a defender el interés nacional.

Si en vez de comprenderse la amplitud del caudal de fuerzas susceptibles de apoyar una nueva estrategia, se adopta una posición estrecha y sectaria que pretenda dar referencia a algunas a costa de otras, y que menosprecie y descalifique a las que se consideran menos importantes, se incurrirá en un error que afectará y debilitará la lucha del pueblo, lo cual no significa, desde luego, dejar de reconocer que los trabajadores más organizados, conscientes y resueltos tengan un papel fundamental en esa lucha.

Ya vimos que las formas de organización y el tipo de acciones cambian de un país a otro y de una fase del proceso a la siguiente. Pero un rasgo general característico, al menos de algunos de nuestros países, es la presencia de nuevos movimientos populares que dan mayor impulso a la lucha por un cambio y, a veces, incluso otra dimensión. Tales movimien-

⁸ Alonso Aguilar M., *Defensa de nuestra soberanía nacional y popular*, México, Nuestro Tiempo, 1989, p. 71.

tos son muy diversos. De ahí que pueda ser más útil referirse de manera concreta a algunos de ellos, que a todos en general.

En México, por ejemplo, las luchas populares se han activado en los últimos años, sobre todo desde la campaña presidencial de julio de 1988. Y aunque adoptan múltiples formas, son parte a la vez de un amplio movimiento cuya naturaleza y alcance es preciso comprender.

Ese movimiento no es uno formalmente organizado y cuyas posiciones estén claramente establecidas. En realidad es más bien una suma de esfuerzos de diverso alcance, un proceso desigual, heterogéneo, hasta ahora fundamentalmente espontáneo, que incluye organizaciones muy diferentes, y aun fuerzas no organizadas y a menudo ni siquiera relacionadas entre sí, que plantea desde demandas reivindicativas concretas y modestas hasta cuestiones de mayor monta. Algunos de sus integrantes mantienen relaciones estrechas con ciertos partidos, aunque consideramos que, en general, el movimiento de masas desborda a los partidos tradicionales o se desenvuelve, en lo fundamental, al margen de ellos.

Lo anterior no significa que las posiciones de unos y otros sean incompatibles, sino más bien que a menudo se mueven en espacios y órbitas diferentes y con prácticas y métodos distintos. Según algunos:

Los movimientos populares han logrado sobrepasar sus metas específicas y [...] conseguido cambiar las relaciones de poder sólo cuando han generado un movimiento político, es decir, una vanguardia capaz de plantear sus objetivos en términos [...] globales. [Pero] existe la tesis contraria, según la cual los partidos políticos, y especialmente los revolucionarios, han perdido prestigio e influencia entre los movimientos populares, y éstos, por sí mismos, se han constituido en el elemento dinámico, en motor de la historia.⁹

Hasta ahora, en efecto, ningún movimiento popular espontáneo, sin una dirección política y aun propiamente revolucionaria, ha logrado cambiar las estructuras de poder. Al respecto, Martha Harnecker recuerda que "la historia de múltiples estallidos populares del siglo XX ha demostrado fehacientemente que no basta la iniciativa creadora de las masas para lograr la victoria sobre el régimen imperante."¹⁰

⁹ Daniel Camacho, "Los movimientos populares", en *América Latina hoy*, México, 1990, pp. 157 y 158.

¹⁰ "El movimiento popular, por muy combativo que sea, abandonado a sus impulsos espontáneos no puede sobrepasar el marco dentro del cual se mueve, que está impregnado hasta la médula de la ideología burguesa dominante." Marta Harnecker, "Vanguardia y crisis actual en América Latina", *Cuadernos de Nuestra América*, vol. VII, núm. 14, enero-junio de 1990, p. 49.

Lo cierto es que los movimientos populares más auténticos avanzan en la medida en que se cohesionan y elevan su nivel de organización y de conciencia y su capacidad de acción política, y que los partidos y otras organizaciones se fortalecen, a su vez, mientras más estrecha es su relación con el pueblo, más rica su vida democrática interna y mayor la participación de sus miembros y la influencia de las masas en sus decisiones. Y ello lo demuestran las experiencias de Cuba, Nicaragua, El Salvador, Uruguay y Brasil, entre otras.¹¹

Lo que, en cambio, sí entra a menudo en conflicto son las posiciones de partidos que, si bien suelen ostentarse como de izquierda y “revolucionarios”, en realidad son organizaciones de viejo tipo, rígidas, dogmáticas, burocratizadas, que empiezan por no practicar la democracia en su propia casa, carecen de independencia real e incluso menosprecian y aun rechazan a las organizaciones no partidarias y las acciones populares más combativas.

En cuanto a la vanguardia y su importancia, es obvio que si no se cuenta con una dirección firme, representativa, consecuente y capaz, la lucha, cualquiera que sea su forma de organización, difícilmente puede triunfar. Pero como dice Martha Harnecker, la vanguardia no es algo prefabricado que corresponda a uno o varios partidos, ni solamente a una suma de siglas. La dirección real se conquista en la lucha misma, y “la concepción estrecha y dogmática de vanguardia está siendo actualmente superada”.¹²

¹¹ En este último país, concretamente “la creciente multiplicación de movimientos populares en los últimos veinte años [...] se afirma —escribe Frey Beto—, como una praxis que se impone sobre las nuevas concepciones teóricas recogidas especialmente por el partido de los trabajadores”. “El fracaso del socialismo alemán y los desafíos a la izquierda latinoamericana”, COPPAL, año I, núm. 1, julio-agosto de 1990, p. 25. Y en efecto, el éxito de Lula al obtener en las últimas elecciones presidenciales una votación apenas inferior a la del triunfador, se atribuye a la flexibilidad del PT y a su capacidad para ganar la simpatía y el apoyo de millones de brasileños no organizados políticamente. Al respecto, uno de sus dirigentes, Francisco Weffort, observa que: Más que un partido hecho, “somos una propuesta partidaria. Una gran propuesta con enorme fuerza social —por lo demás con más fuerza social y políticas—, pero que tiene un gran trecho por andar para alcanzar su propia identidad”. “Un partido de masas debe tener existencia permanente en las luchas sociales de los trabajadores, en los movimientos populares, en los debates culturales, en la defensa de los derechos de las minorías, etc.”. “Fue [...] por eso que siempre consideramos que el partido debería organizarse de abajo hacia arriba, contra las concepciones elitistas prevalecientes en la sociedad brasileña, y que el PT debería constituirse a partir de los núcleos de base, entendidos no como aparatos de militantes, más bien como organismos abiertos a la participación de la sociedad [...]. Nuestra versión del partido es el punto de partida de una nueva visión del Estado y de la sociedad”. *La avispa*, núm. 1, Managua, octubre-noviembre de 1990, pp. 14 y 15.

¹² “No se trata entonces de declarar a priori que todas las organizaciones de izquierda de un determinado país deban unirse para conformar la vanguardia [...]: existe un requisito mínimo; deben presentar una fuerza revolucionaria real, es decir, deben dirigir realmente a algún sector de la población.” *Ibid.*, p. 73.

En resumen, base y dirección son indispensables en toda organización política, y concretamente en aquellas que pretendan dar cuerpo y realidad a una nueva estrategia. Sin masas que hagan suyas y luchen resueltamente por demandas que vayan más allá de ciertas reivindicaciones inmediatas, un movimiento carece de la fuerza necesaria para hacer que las cosas cambien. Pero, a la vez, si la lucha se desenvuelve sin una dirección consecuente y firme que tenga autoridad moral y política ganada en la práctica —o sea, por lo que realmente hace y no sólo por lo que dice, como ya señalamos—, tampoco podrá salir adelante y triunfar. Lo cual quiere decir que es decisivo contar con un nivel adecuado de organización, y la forma que ésta adopte es secundaria. Un movimiento, un partido, un frente amplio u otro tipo de organización puede ser —así lo demuestra la experiencia— lo que mejor responda a una situación determinada. Incluso las formas de lucha pueden, y a menudo deben, ser diferentes. Y la capacidad para saber qué hacer en cada momento y cómo proyectar la lucha hacia el futuro —o sea, para trazar una táctica que a la vez sea parte de una estrategia de más largo alcance; la capacidad para descubrir los ejes centrales de la acción a partir del conocimiento de la realidad en la que se actúa; para formular posiciones; para mantener una vida interna realmente democrática; para superar discrepancias, ganar a ciertas fuerzas y neutralizar a quienes no se pueda atraer a la lucha; para concertar alianzas y lograr la mayor unidad posible—, depende en buena medida de que se cuente con una dirección que, en estrecha relación con la gente, contribuya a que ésta dé su máxima e insustituible aportación.

Quienes sugieren una estrategia alternativa parecen pensar, a veces, que ésta ha de partir fundamentalmente de que los Estados antidemocráticos existentes acepten las propuestas de cambio. Pero eso parece del todo inviable, pues tales Estados y las clases dominantes que ejercen mayor influencia en ellos, se oponen incluso a reformas que no hace mucho tiempo eran vistas con simpatía en ciertos círculos oficiales. Hoy, “cualquier estrategia para la solución de los problemas de soberanía, desarrollo, justicia social y democracia supone —como observa Pedro Vuskovic— una nueva hegemonía”.¹³

La actual estructura de poder, lejos de ser una fuerza en la que el cambio pueda apoyarse, representa una barrera, un obstáculo a vencer.

¹³ Citado por Pablo González Casanova, en “El Estado y la política”, *América Latina hoy*, op. cit. p. 100.

El Estado asociado al proyecto transnacional —señala González Casanova— [Estado al que califica como oligárquico y de clase] lucha contra una sociedad en la que la mayoría de la nación ha sido discriminada, estratificada, desarticulada y se halla estructuralmente incapacitada para actuar como una sola categoría social.¹⁴ El bloque dominante —añade— es un gobierno por encima del gobierno [...], una estructura que está por encima de las instituciones del Estado y de los sistemas y regímenes políticos, y que los combina con dos lógicas, la de la acumulación y la del poder.¹⁵

Es decir, el intento de forjar y abrir paso a una nueva estrategia reclama que la constelación de fuerzas que la apoyen, afirme su hegemonía y logre desplazar y sustituir a la clase en el poder, lo que demuestra que el problema fundamental que se debate, en torno a una estrategia alternativa, es un problema político que sólo puede resolverse por medio de una lucha política, propiamente revolucionaria. Decimos “revolucionaria” porque el poder no se conquista con cualquier tipo de lucha. Lo cual no significa, sin embargo, que excluya ciertas reformas, que necesariamente deba ser una lucha armada o que el objetivo central a alcanzar sea por fuerza el socialismo. En cuanto a las reformas, hoy se acepta, en general, que no son incompatibles con los cambios de fondo; incluso pueden facilitarlos y, sobre todo, resultar de ellos. Las reformas no son, necesariamente, expresión de un reformismo débil, contemporizador y antirrevolucionario, sino más bien hechos que podrían representar ciertos avances, pero que en la realidad política actual de América Latina resultan muy difíciles de llevar a la práctica.

En América Latina las reformas han sido resistidas con la tenacidad con que se combate a las verdaderas revoluciones sociales [...] Aun reformas que en nada amenazan al sistema social imperante, se ven hoy como peligrosas e inaceptables. Los grupos más poderosos objetan, con frecuencia, inclusive cualquier cambio democrático, y los funcionarios públicos suelen hacer lo mismo aunque, demagógicamente, hablen en sus discursos de la democracia. Pero una democracia populista que [...] agota su potencial transformador en el plano de la retórica, no tiene hoy la menor posibilidad de constituirse en una alternativa válida para los pueblos latinoamericanos [y] lo mismo cabe decir del formalismo autocomplaciente de ciertas “democracias” [...] —con sus elecciones, partidos, parlamentos, prensa

¹⁴ *Ibid.*, p. 73.

¹⁵ *Ibid.*, p. 105.

“libre”—, donde una misma oligarquía se perpetúa en el poder parapetada en un hueco cascarón institucional.¹⁶

Las luchas revolucionarias en nuestra América han adoptado, a menudo, al menos en ciertas fases de su desarrollo, la forma de luchas armadas. Dados los cambios que pese a sus insuperables limitaciones ha impuesto el capitalismo, y en virtud de la agresividad imperialista, es muy probable que tales luchas adopten de ahora en adelante nuevas modalidades, aunque sería un error descartar la lucha armada. En ciertas condiciones, acaso sea la única forma de responder a la violencia y la represión de quienes se oponen a cualquier cambio democrático, y aun la condición para el diálogo, la negociación y el empleo de métodos propiamente políticos para resolver los problemas, como ha ocurrido, por ejemplo, entre otros países, en Guatemala y El Salvador.¹⁷ En todo caso, es indudable que, para conquistar y preservar el poder, es preciso contar con una organización y una fuerza político-militar.

En cuanto al socialismo y la medida en que éste sea o no un rasgo de la lucha revolucionaria en América Latina, seguramente la situación también variará de un país a otro. En Cuba, por ejemplo, el carácter socialista de la Revolución obedeció tanto a la formación política y a las aspiraciones de sus dirigentes como a la necesidad de responder a la agresión imperialista, no sólo con firmeza, sino desde un nuevo poder y una nueva sociedad en los que el enemigo no pudiera apoyarse sólidamente. Y el socialismo se convirtió así en una guía, en un vigoroso movimiento de masas y la condición para redistribuir la propiedad, la riqueza y el ingreso, dejar

¹⁶ Atilio Borón, “Democracia y reforma social en América Latina”, ponencia del seminario del CELA-UNAM, celebrado en México en septiembre de 1990, pp. 21 y 22.

¹⁷ “Nosotros planteamos que la vía armada —expresa el comandante Rolando Morán, del GP guatemalteco— desbroza el camino para encontrar la nueva solución [...] La vía armada es, en el caso de Guatemala, el proceso de la conciencia social, de la posibilidad del cambio. Es más: creemos que la vía armada es el motor de transformación de la correlación de fuerzas.” “La conformación de un gran frente nacional, de una gran alianza nacional, incluso la misma configuración de un nuevo modelo, de una alternativa [], no puede darse sin la confrontación armada [], no puede darse de una manera pacifista [] Se deben alcanzar etapas [] que mantengan una corriente de opinión que obligue a las fuerzas del régimen a aceptar una salida negociada.” *Guatemala Insurrecta*, entrevista de Tosu Perales, Madrid, 1990. “La negociación —señala a su vez un comandante salvadoreño— es para nosotros un planteamiento estratégico.” Pero “no ha encontrado nunca el espacio para poder desarrollarse. Este espacio lo hemos tenido que conquistar en las calles y en los campos de batalla”. “Nosotros no podemos aceptar cesar el fuego y deponer las armas para luego aspirar a la conquista de un modelo democrático. En El Salvador ese modelo no es posible si no es con la garantía de un pueblo levantado en armas.” “Nuestra aspiración es desmilitarizar toda la sociedad.” Revista *Envío*, enero de 1990. Entrevista al comandante Jesús Rojas.

atrás el subdesarrollo, crear un nuevo tipo de democracia y asegurar la victoria.

Los cambios que hizo posible la Revolución cubana son conocidos y, no pocos de ellos, sorprendentes. Los solos hechos de asegurar a todos una alimentación satisfactoria, un vaso de leche diario para cada niño, educación hasta el noveno grado y acceso de un mayor número de jóvenes a los centros de estudios superiores, servicios de salud gratuitos, crecientes facilidades a la mujer y formas nuevas de participación de los trabajadores en las organizaciones más diversas, en la conducción del Estado, y en la solidaridad con las luchas de otros pueblos, bastan para comprobar que sólo una revolución socialista los podía haber producido.

La Revolución sandinista, en cambio, fue fundamentalmente democrática; y, no obstante las enormes limitaciones y dificultades que le impusieron el subdesarrollo, la escasez de recursos, una guerra innecesaria y sucia, la contrarrevolución financiada desde fuera y una severa crisis económica, avanzó hacia el socialismo y, sobre todo, hizo aportes que entrañan grandes enseñanzas en torno a la vinculación de la lucha política con el movimiento popular, el avance hacia un auténtico pluralismo, la creación y desarrollo de una economía mixta y una democracia participativa que, de múltiples maneras, incorporó a vastos contingentes de hombres y mujeres a tareas y responsabilidades a las que siempre habían estado ajenos.

El socialismo, señala uno de los dirigentes del FMLN salvadoreño:

como fenómeno concreto y vivo [...] en cada país posee particularidades. El modelo concreto de socialismo salvadoreño lo iremos construyendo a medida que avancemos, y su teorización y construcción se realizarán, continua y simultáneamente en todo el proceso de transición. En la fase democrática, la revolución realizará fundamentalmente tres tareas que la burguesía no acometió: la instauración de un sistema democrático, la reforma agraria y la autodeterminación nacional; y al hacerlo, avanzará hacia el socialismo.¹⁸

¹⁸ Si “nos mantenemos fieles a la idea de que el impulso fundamental hacia el socialismo debe venir de abajo, y al principio de que la vanguardia, al conducir, no debe sustituir a las masas, al pueblo, sino que debe [...] orientarlo de modo que éste conozca, comprenda y haga suya la meta del socialismo; si [...] desde los primeros momentos aseguramos la hegemonía de la Revolución [...], sin que la vanguardia se transforme en aparato de Estado que impone desde arriba su voluntad; si [...] somos capaces de organizar un sistema político realmente democrático, basado en la activa participación y control popular de todo el proceso, esto ya sería una enorme y decisiva ganancia en el camino al socialismo”. *El Socialismo ¿una alternativa para América Latina?*, entrevista de Martha Harnecker a Shafik Jorge Handal, enero de 1991. En prensa.

En fin, mientras algunos partidos se ostentan como socialistas, otros, y sobre todo los nuevos y amplios movimientos populares de diverso tipo, se caracterizan por posiciones democráticas, a menudo nacionalistas y antimperialistas, y admiten en sus filas y aun trabajan de cerca con fuerzas muy heterogéneas, en las que suele haber desde marxistas hasta cristianos, reformistas y, desde luego, personas sin ninguna filiación ideológica ni militancia previa.

Los problemas más graves a los que se enfrenta la lucha por la liberación de nuestros pueblos tienen que ver, en realidad, con el capitalismo y el imperialismo. “El capitalismo latinoamericano —hace notar Carlos Vilas— no satisface ni siquiera las necesidades básicas de la gente, y en general resulta incompatible con una democracia [...] de libertades, derechos humanos y participación.”¹⁹

“El imperialismo no sólo existe; está más presente que nunca —observa a su vez Tomás Borge— y, por lo tanto, el antimperialismo debe existir también ahora más que nunca.”²⁰

Sin duda. Pero así como la situación internacional, la correlación de fuerzas y el imperialismo han cambiado, también debiera hacerlo —y en nuestra opinión profundamente— la lucha antimperialista. Pues si ésta se subordina a ciertos partidos u otras organizaciones; si se desenvuelve en marcos estrechos y a veces incluso sectarios, que sólo llevan al aislamiento; si desconoce la realidad concreta y menosprecia la teoría y la lucha ideológica seria; si ve al imperialismo como variable externa y expresión sobre todo de algunos aspectos de la política de Estados Unidos hacia nuestros países; si se expresa en formas de organización con prácticas rutinarias y antidemocráticas y métodos inadecuados; si subestima la fuerza del enemigo y sobrestima, en cambio, la de los grupos y organizaciones, y si presta más atención a formas rituales aisladas y poco eficaces, en la práctica, de solidaridad hacia afuera, que a la defensa de la soberanía propia, de los intereses, demandas y luchas fundamentales del pueblo, y a la unidad del conjunto de nuestra América, es de temerse que la situación se vuelva cada vez más difícil y que, a la postre, más que ciertas condiciones objetivas, sean nuestras fallas y errores las que condicionen desfavorablemente nuestra lucha.

¹⁹ Carlos M. Vilas, “Revolución y socialismo en América Latina: ganacronismo o permanencia?, ponencia del encuentro “América Latina a fines del siglo XX”, CELA, UNAM, México, septiembre de 1990.

²⁰ “América Latina; un continente imprevisible”, COPPAL, año I, núm. 3, p. 55.

O sea, que tan sólo la comprensión del escenario y el momento en que se desenvuelve la lucha antimperialista en nuestros países entraña una prueba de gran importancia política, nada fácil de librar. El imperialismo no es un enemigo pequeño ni débil, no es un "tigre de papel". Es poderoso y dispone de enormes recursos; como hemos visto recientemente, es agresivo y, en un momento dado, no lo detienen la ley ni los derechos de otros pueblos; actúa directa, indirecta y aun subliminalmente, sobre todo ahora que controla gran parte de los medios masivos de comunicación más modernos. A menudo es necesario tomar posiciones claras y bien definidas. Hay incluso tendencias y realidades a las cuales no es posible sustraerse; pero ante eso, tampoco es cierto que sólo sea viable la subordinación entreguista y débil.

La lucha antimperialista puede y debe ser hoy amplia y múltiple, verdaderamente plural. Pero el que haya espacio para las más diversas organizaciones y elementos no significa que alguno o varios de ellos pueda legítimamente autoerigirse en vanguardia, y pretender ser el eje en torno al cual deba girar esa lucha y al que deban subordinarse, de un modo u otro, los demás participantes. Al contrario, el respeto mutuo y la práctica de una genuina democracia son condiciones para que las fuerzas a las que a menudo denominamos "democráticas", demuestren en la práctica que lo son y puedan unirse y desplegar todo su potencial de lucha.

Con frecuencia se considera que el imperialismo se mueve más allá de nuestras fronteras nacionales y no se comprenden las complejas y cambiantes formas en que actúa también dentro de nuestros propios países, vinculándose al Estado, a los empresarios y, en general, a nuestra vida institucional, económica, cultural y política. A veces, asimismo, se simplifican tales relaciones y se cae en burdas y erróneas apreciaciones carentes de objetividad, en las que se pierden los matices y se vuelve muy difícil descubrir y, por tanto, saber cómo actuar ante ciertas contradicciones secundarias, que sin embargo son reales y que, sobre todo en la lucha política, es necesario calibrar correctamente.

A veces se da inclusive la impresión de que la lucha antimperialista se ha quedado atrás, se ha rezagado y es ya anacrónica, no tanto porque, como pretenden los más conservadores, hoy sea definitivamente inviable y hasta utópico enfrentarse con éxito a enemigos tan poderosos como son los grandes imperios y sus intereses, sino porque no se toman en cuenta, o al menos se menosprecian, los profundos cambios que el mundo ha sufrido, y se tiende a actuar como si las cosas fueran las mismas de siempre, y aun como si las desfavorables condiciones prevalecientes fueran propicias y no exigieran profundos replan-

teamientos y nuevos y grandes esfuerzos organizativos y políticos para hacer posibles los cambios a que se aspira.

Y habría que reconocer que, en efecto, a menudo falta un conocimiento riguroso de la realidad en la que se actúa, y tienden a emplearse métodos y medios inadecuados que vuelven muy difícil, y aun imposible, avanzar. Quizá una de las fallas más serias consiste en que, por falta de una ubicación precisa del fenómeno imperialista y de una comprensión profunda de lo que esencialmente está en juego en esa lucha, ésta tiende a verse como una posición negativa ante fuerzas punto menos que invencibles, sin que se descubran siquiera, y mucho menos se comprendan con claridad, los valores fundamentales que en ella se defienden. Incluso suele hacerse gala de un radicalismo verbal innecesario, que aleja y atemoriza a personas poco politizadas pero susceptibles de ser aisladas si se trabajara de otra manera. Y a veces, también, los planteamientos más positivos y propositivos son aquellos por medio de los cuales se promueve la solidaridad con otros pueblos, una solidaridad que desde luego debiera estar presente, pero que tiende a verse como algo ajeno a lo esencialmente nuestro, como un deber de conciencia, y no como un derecho irrenunciable cuyo ejercicio es fundamental para nosotros mismos, pues en él se expresa la capacidad de cada pueblo para elegir su propio destino.

Ante la necesidad de reorientar y reorganizar la lucha antimperialista como condición para fortalecerla, en grupos muy amplios se considera —opinión que compartimos y que hemos expresado a menudo— que su punto central debe ser la preservación y defensa de nuestra soberanía nacional y popular, mas no como una cuestión cerrada y exclusivamente nacional, sino en la dirección y perspectiva de contribuir a la unidad y al fortalecimiento de las luchas de nuestros pueblos en su conjunto.

En la defensa de la soberanía se entrelazan los derechos de la nación y del pueblo y la causa de la independencia y la democracia, así como los intereses de cada país con los del resto de las naciones hermanas. Y por ello, lejos de que entren en conflicto, por medio de esa línea de acción, lo nacional y lo regional —o sea lo propiamente latinoamericano— se refuerzan mutuamente. Y, por otro lado, si bien tal eje tiene una importancia estratégica decisiva, también tiene una gran significación táctica, en la medida, entre otras cosas, que puede vincularse estrechamente y responder a aspectos de la política de corto plazo, así como a múltiples demandas concretas de aquellas que a menudo movilizan y lanzan a la acción a amplios segmentos populares.

En resumen, la lucha por la soberanía nacional y popular, sobre todo si se apoya y proyecta en la dirección de forjar un programa popular

unitario, que contribuya a elevar los niveles de organización y de conciencia del pueblo, y a elaborar y, al menos, empezar a poner en práctica estrategias alternativas que permitan a las fuerzas democráticas avanzar hacia el poder, hasta conquistarlo plenamente, representa no sólo un elemento y punto de apoyo importante, sino una condición de la victoria, una manera eficaz de defender nuestros mejores intereses y de asegurar nuestro progreso; porque soberanía significa, entre otras cosas, libertad para usar nuestros recursos como más nos convenga, desarrollo independiente, democracia, bienestar y rescate y preservación de nuestros valores fundamentales.

El ejercicio responsable y constructivo de la crítica y la autocrítica no es común entre quienes gobiernan en la mayor parte de nuestros países. La crítica suele considerarse una expresión de hostilidad, y la autocrítica, una debilidad que, simplemente, no se practica. En cambio, en los procesos propiamente revolucionarios, ambas son importantes, incluso necesarias, y constituyen, sin duda, fuentes de valiosas enseñanzas.

En los últimos años, a iniciativa del comandante Castro, se ha abierto en Cuba un proceso de “rectificación de errores y tendencias negativas”. En él se advierte claramente que, al romper el imperialismo sus relaciones con Cuba y ser aislada ésta de América Latina, se la obligó a vincularse con la URSS y otros países socialistas europeos. Pues bien, a partir de cierto momento se tendió a copiar concepciones y mecanismos de dirección, más que a trabajar creativamente a partir de la experiencia propia; se menospreció y aun prescindió del debate; se confundió la unidad con el “unanimismo” y se desalentó el examen crítico de ciertas posiciones. Y si seguramente quedan muchas fallas y errores por corregir, el proceso de rectificación, que sin duda ha sido un importante proceso político, contribuye a que muchas cosas cambien y sean hoy mejores que antes.

En los últimos meses, con motivo de la preparación del IV Congreso del Partido Comunista, de nuevo se han replanteado cuestiones fundamentales, y se ha invitado al pueblo a que diga lo que piensa, haga propuestas concretas y participe activamente en un debate nacional sin precedentes.

Lo que se pretende es, entre otras cosas, perfeccionar el sistema político e institucional del país (o sea, el funcionamiento del partido, el Estado y las organizaciones de masas); y se insiste en la necesidad de “erradicar el formalismo, el burocratismo y la copia de experiencias ajenas perjudiciales”, así como en enriquecer la vida democrática y el régimen del poder popular.

El llamamiento al Congreso subraya “la importancia de romper con todo dogmatismo, seguidismo, formalismos y liturgias en la labor política e ideológica, y la urgencia de impulsar el trabajo intelectual”. Tenemos,

se dice, “una enorme intelectualidad formada en su mayor parte por la Revolución. Con el auspicio de un clima favorable de desarrollo del pensamiento creador y el debate fecundo, debemos contribuir al despliegue del enorme potencial transformador e integrador de nuestra cultura, frente a la agresión del imperialismo.”²¹

El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) —por mencionar otro ejemplo—, en actitud análoga a la de los dirigentes cubanos, ha evaluado, crítica y autocríticamente, los hechos que explican su reciente derrota electoral.

Nuestro primer error —reconocen— fue “no haber previsto la derrota [...] y, por lo tanto, no prepararnos para tal eventualidad. Además, durante la campaña incurrimos en un triunfalismo excesivo, [y] nos negamos a analizar y discutir [...] la información disponible sobre el deterioro de nuestra base electoral”. Tendimos “a ver la realidad —ha dicho Borge— en *technicolor*, y no en blanco y negro, como efectivamente es”.

“La Dirección Nacional [...] asume la responsabilidad principal de no haber corregido [ciertas] prácticas; en algunos casos, de haberlas reformado.”²² Entre otros aspectos negativos de la práctica del Frente, señalan el autoritarismo, la falta de sensibilidad ante los planteamientos e inquietudes de las bases, el amordazamiento de la crítica, estilos burocráticos de dirección, y aunque algunos dirigentes se mantuvieron en contacto estrecho con el pueblo, en otros se advirtieron conductas sectarias, desatención de sectores no organizados, designación de dirigentes sin arraigo, lentitud y burocracia para admitir nuevos miembros y otras fallas.

Cabría destacar muchas otras cuestiones políticas, entre aquellas que son importantes para abrir paso y contribuir al éxito de una nueva estrategia. Ante la imposibilidad de examinarlas aquí, me limitaré a mencionarlas. Una fundamental es la unidad, sobre todo cuando en la dirección de un proceso participan diferentes organizaciones y fuerzas políticas. La unidad de la Revolución cubana a lo largo de más de treinta años ha sido, sin duda, uno de los factores de su éxito. La conseguida por los sandinistas, a punto de triunfar la Revolución, fue también decisiva. Y los avances hechos en tal sentido por la URNG, en Guatemala, y por el FMLN, en El Salvador, contribuyeron así mismo a reforzar la lucha revolucionaria.

²¹ Véase *El futuro de nuestra patria será un eterno Baraguá*, La Habana, 1990; y Fernando Martínez Heredia, *El socialismo cubano, perspectivas y desafíos*, México, 1990.

²² Resoluciones de FSLN sobre la derrota electoral y las tareas inmediatas. *La Avispa*, número no citado, p. 60.

Otra cuestión fundamental es la forja de una conciencia de lucha y la preparación del tipo de cuadros que se requiere en cada fase del proceso de cambio. Aquí el trabajo teórico e ideológico desempeña sin duda un papel de primer orden. El principio de que sin teoría revolucionaria no hay un movimiento revolucionario sigue siendo válido, como lo es también el de que sin conciencia revolucionaria no hay movimiento que pueda, a largo plazo, sostenerse y triunfar. Y hoy, cuando los modernos y eficaces medios de comunicación se ponen al servicio de la enajenación, la mentira, la tergiversación y la preservación del orden establecido, la tarea de hacer que la gente piense por sí misma y descubra y reafirme su identidad cultural, adquiere enorme importancia.

En otras palabras, el trabajo cultural, entendido como el rescate de nuestros más altos valores populares, nacionales y propiamente latinoamericanos; el conocimiento profundo de nuestra historia; el enaltecimiento del papel de los trabajadores en sus labores productivas y en su vida cotidiana; el conocernos mejor como condición para afirmar nuestra identidad, para enriquecer nuestra capacidad creadora y fortalecer nuestra unidad, pasan, sin duda también, a un primer plano, incluso del quehacer propiamente político.

REALIDAD Y TEORÍA

¿En qué medida los cambios que hoy sufre la realidad afectan a nuestras posiciones teóricas? En mi opinión, de manera directa, profunda e inevitable, que revela el error de quienes creen que la teoría queda incólume. Pero pensar que ciertos planteamientos probablemente han dejado de tener validez o vigencia no significa, de ningún modo, que el instrumental teórico con el que hasta aquí trabajamos sea ya inaprovechable e inútil.

Ante los grandes e inesperados cambios recientes, lo que a nuestro juicio hoy se requiere es reapreciar, actualizar y, en su caso, reelaborar y enriquecer la explicación teórica de ciertos hechos.

- Entre otras cuestiones, parecería necesario, a la luz de lo ocurrido en los hasta hace poco países socialistas europeos, en la propia Unión Soviética y en varios países subdesarrollados también socialistas o que avanzan en tal dirección, trabajar, a partir de todas esas experiencias, en la teoría de la transición; en particular, en una teoría que explique incluso la transición al socialismo desde el capitalismo subdesarrollado de diversos países del Tercer Mundo.

- La crisis del socialismo, fenómeno que en la teoría marxista tradicional no fue hasta ahora explicado, obliga a entender a fondo, entre otras cosas, tanto el tipo de contradicciones que la determinan como lo que tienen de común y de diverso con la crisis del capitalismo.

- El debilitamiento del socialismo y los cambios en las formas de funcionamiento de tal sistema, así como el reforzamiento temporal y sobre todo la creciente agresividad imperialista, aconsejan profundizar en la teoría del desarrollo en la presente etapa del capitalismo y de la crisis general, sobre todo para apreciar las actuales contradicciones internas del sistema y el nuevo carácter, la cambiante intensidad y el nuevo papel de la contradicción capitalismo-socialismo.

- La persistencia, y a la vez las nuevas modalidades de la crisis que aqueja concretamente al capitalismo latinoamericano y acentúa sus deformaciones estructurales, propicia la dilapidación de recursos; ahonda la desigualdad e intensifica la transferencia de gran parte del excedente hacia los países capitalistas más ricos, en perjuicio de la acumulación de capital y del desarrollo; y señala la necesidad de trabajar sobre la fase actual y las perspectivas reales del capitalismo en nuestros países.

- El impacto de la política "neoliberal" y de la pérdida de soberanía nacional, y aun la del Estado frente a la oligarquía, el debilitamiento de su capacidad de promoción y regulación del desarrollo, y las nuevas y más estrechas formas de vinculación del Estado con el capital monopolista nacional y extranjero, sugieren la necesidad de reformular y poner al día una teoría del Estado y de la reconstrucción del capital que explique tales fenómenos.

- La necesidad de abrir nuevos caminos, que sin perjuicio de una inserción menos desfavorable en la economía internacional, intente hacer descansar crecientemente el desarrollo en la utilización cada vez mejor del potencial propio y en una verdadera integración regional, plantea también la conveniencia de elaborar una nueva teoría latinoamericana del desarrollo, que a la vez que explique lo que hoy acontece, sea una valiosa guía para transformar la realidad y conquistar el futuro.

- En fin, la necesidad de avanzar en el trazo y puesta en práctica de una estrategia alternativa, aconsejan, a la luz de la rica experiencia latinoamericana, reapreciar los procesos de cambios recientes y su diverso alcance, sus éxitos y fracasos, sus aciertos y fallas, las organizaciones y fuerzas políticas que participan y se oponen al proceso de liberación, y reforzar la teoría de la organización y de la lucha antimperialista, democrática y revolucionaria en nuestra América.